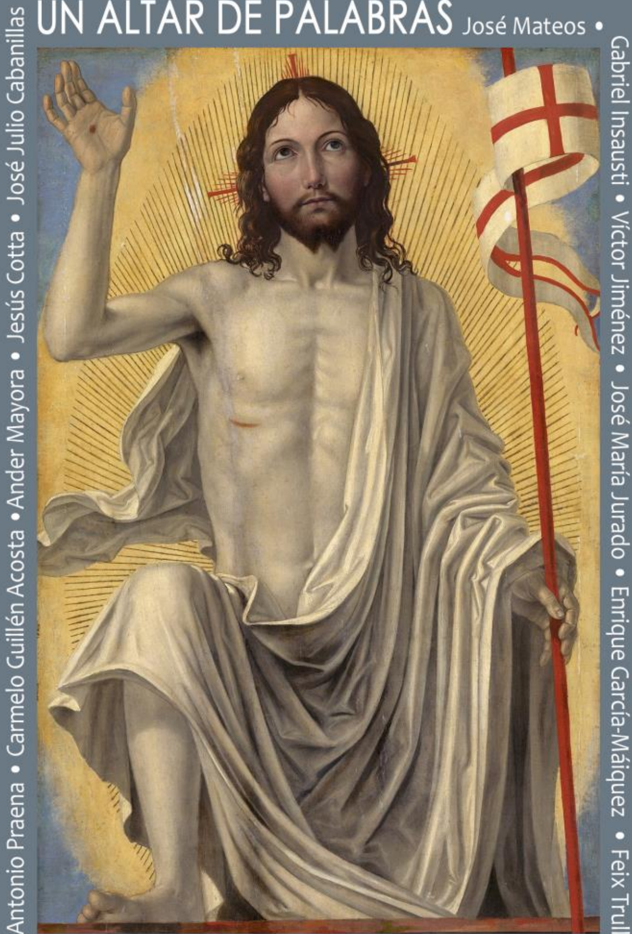
UN ALTAR DE PALABRAS

José Mateos • Gabriel Insausti • Víctor Jiménez • José María Jurado • Enrique García-Máiquez • Feix Trull

Antonio Praena • Carmelo Guillén Acosta • Ander Mayora • Jesús Cotta • José Julio Cabanillas

José Antonio Fernández Sánchez • Daniel Cotta
Dora Rivas • Enrique Baltanás • Lutgardo García



cypress

José Luis Trullo (ed.)

UN ALTAR DE PALABRAS
Cristo para los poetas actuales

Antonio Praena • Carmelo Guillén Acosta • Ander Mayora
José Julio Cabanillas • Enrique García-Máiquez • Enrique Baltanás
Gabriel Insausti • Jesús Cotta • José Antonio Fernández Sánchez
Víctor Jiménez • José María Jurado • Lutgardo García
Daniel Cotta • Felix Trull • Dora Rivas • José Mateos



1ª ed., febrero de 2022

Ilustración de portada:
"Cristo resucitado de la tumba" (c. 1490), de Ambrogio da Fossano,
más conocido como Bergognone (1453-1523). National Gallery, Washington

ISBN: 978-84-124704-0-6
Depósito legal: SE 1678-2021

IMPRESO EN POLONIA



Grabado de Eric Gill (1916)

NOTA DEL EDITOR

Vivimos tiempos de emergencia, pero no climática, sino espiritual. Las masas se han entregado acríticamente a la llamada del mundo, el demonio y la carne, como tantas otras veces en la historia, pero en esta ocasión bajo el disfraz del consumismo. La felicidad del ciudadano medio se cifra, ya, en disfrutar de un buen sueldo para poder dilapidar su alma en la adquisición de males materiales (llamarlos bienes ya sería una primera derrota). Los dispositivos digitales son el nuevo opio del pueblo quien, inerte ante el asalto a su dignidad, limita su reacción a elegir comprar en Amazon o en AliExpress, o a malbaratar su tiempo de libertad entre Netflix o HBO. Las iglesias se vacían, cuando no se ponen directamente en venta. El número de bautizados se reduce cada año. La decadencia es total. El panorama, sombrío. Mientras, aporrean nuestras puertas los nuevos bárbaros, prometiéndonos el oro y el moro con su fuerza de trabajo plena de vigor físico e ideales erróneos.

La idea de publicar este brevísimo altar de palabras no es más que otro eslabón que ideamos en Cypress (y el ciprés simboliza, no lo olvidemos, la inmortalidad) para tratar de sostener en pie, en la medida de nuestras parvas capacidades, un edificio que se desmorona ante el desinterés de sus propios inquilinos. Es tiempo de cruzada, ya no bélica sino intelectual. Con la edición de títulos como *Colectánea*, de Alonso Pinto Molina; *Homo mysticus*, de Jesús Cotta; *Raíces en el cielo*, de Dora Rivas, o *El peregrino absoluto*, de Armando Pego Puigbó, todos ellos en la colección Jánica; la traducción, por primera vez al castellano, de *Sobre la Natividad de Nuestro Señor*, de Rodolfo Agricola, o de *La vida solitaria*, de Francesco Petrarca (antes sólo disponible en una versión deturpada); o la reedición de pequeños clásicos del cristianismo, caso del *Albafeto cristiano*, de Juan de Valdés (a la que seguirán muchas otras), tratamos de aportar un magro consuelo a los felices pocos que perseveran en su fe, pero sienten que su capacidad de lucha decae. Vivimos rodeados, no de ten-

taciones –eso ha pasado desde que el hombre es hombre–, sino de podredumbre. El planeta entero se ha convertido en una charca, y no hablo en términos ambientales. La literatura y el arte son, fuera de los templos, de los pocos santuarios donde aún es posible encontrar espíritus afines.

Ahora bien, entre el caos circundante hay que conservar, intacta, la esperanza: de pozos más infectos hemos salido. Desde la llegada de Cristo, la relación entre Dios y el hombre ha cambiado de signo: ya no se trata de una llamada al orden desesperada, como la que entonaban los profetas veterotestamentarios; ahora sabemos que nuestras plegarias han sido escuchadas, que Jesucristo vino para salvarnos, que ya nada es inútil, que todo conspira hacia el retorno final a los brazos del Padre. El Evangelio ha llenado de luz el mundo, este de todos los días, sí, y es sólo tapándose los ojos (y los oídos) como se sustrae uno a su amorosa invitación.

Los creyentes tenemos por delante una tarea insoslayable a este respecto: rescatar a nuestros hermanos de la ceguera y la sordera voluntarias, pero con infinita caridad y sobrehumana paciencia. No va a ser fácil. Lo tenemos todo en contra. Pero es por ello por lo que debemos mantenernos mansos como palomas, sin dejar de ser astutos como serpientes. La literatura y el arte, insisto, constituyen el último campo abierto para acometer esa *evangelización oblicua* de la que, una tarde sevillana, hablamos José Julio Cabanillas, Jesús Cotta y yo mismo, en un café cercano a la Catedral. En este contexto es donde nace un libro coral como *Un altar de palabras* que, a modo de misa poética, congrega a algunas de las mejores voces de la lírica española actual. Y hasta aquí puedo escribir.

José Luis Trullo

REDENCIÓN
Antonio Praena

El poemario *Redención* se leyó por primera vez durante el acto «El poeta ante la cruz» celebrado en 2021, en el que intervino el coro Francisco Salinas, dirigido por Elena Blanco Rivas. Fue publicado por la Real Cofradía Penitencial de Cristo Yacente de la Misericordia y de la Agonía Redentora, de Salamanca.

INTROITUS

¿Quién lo hubiera pensado?
Esta luz humillada, ¿a quién se reveló?
Que la gloria redima agonizante
es un escándalo si os hablo
conjugando la vida en la sintaxis
de un sujeto singular y primero.

Si prosigo afirmando “quiero”, “puedo”;
“me encuentro”, “existo”, “entiendo”;
si aferro por vivir lo “yo bastante”,
ser dueño de unas riendas
que no he puesto en mis manos.

Y así me dicté yo,
hasta beber el tiempo ebrio,
tragar las heces y sorber el vacío.
Y así me dije yo,
que en todo me alcancé menos en eso
que más necesitaba.
Y así me entendí yo,
igual que entiende
un cadáver brillante
las cosas que no brillan mientras pasan.

Los charcos que he enturbiado,
las verdades mentidas,
la belleza asaltada
contra la sencillez de lo evidente.

Los renglones derechos
que me he empeñado en leer torcidos,

escritos, como estaban, bien trazados
aunque fuese en la arena.

Pero escapar al desenlace,
pensar que no morimos,
es una forma cómplice de engaño.
A deshacer su alevosía
no se aprende en los versos,
se descubre al mirarte,
pues sólo en piel humana
se escribe el texto santo.

Tener sentido o no tenerlo,
esa es la diferencia.
Morir de haber vivido o morir escasamente.
Redime en tu pasión lo que desborda,
ese exceso de vida en que consiste estar vivo.
Nuestra debilidad más débil: la que aceptas,
ser eso que es más grande que nosotros
y, sin tu libre libertad, nunca sería.

No es la muerte quien salva,
nos salvas porque mueres.
Hay cosas que tan sólo se destruyen desde dentro.
No salva tu dolor,
nos salvas porque emprendes
el único camino en el dolor
que puede transitarse;

Entre la redención y tu agonía
nos abres el resquicio
que, en su debilidad indestructible,
has llamado perdón.

LA SOLEDAD DE DIOS

Un hombre niega tres veces y llora.
Otro te vende y pone fin a sus días.
No hay, en la hora nona, amigo alguno
más allá de tu madre y del muchacho
que tanto tú has querido.

Circunda tu figura el abandono,
el ácido borrón de la uva agria
negando aquellos días de amistad y de bodas.

Porque te has hecho un hombre más,
y, en las cosas decisivas, están solos
todos los hombres, cada uno,
aun rodeados de ingentes multitudes
que lloran cerca o lejos.
Solos en forma y en materia,
en potencia y en acto,
carentes de presencia y de figura,
de lo que en nuestro cuerpo son los otros
–porque no somos sin los otros–,
y hasta carentes de carencia;
desbandados de amor
y desbandado tú de mí,
que intento hablarte y al hablarte me alejo.

Hay en tu soledad algo tan solo,
tan tuyo y tan de nadie,
que en ella caben todas.

UN ÁNGULO NO BASTA EN TU COSTADO

Quien ha tallado esta figura
de tu cuerpo en raíz, madera y fruto,
tuvo una vez entre sus manos
el cuerpo amado y muerto
de quien muere y quien ama.
Supo de amor el arte y, de su estrago,
regresa siendo otro para seguir estando vivo
sin afán de entenderlo.

Porque la vida es eso: lo que falta
para decir la vida mientras dura.
Llámalo redención: el mismo exceso
que escapa y nos precede
más allá de las llagas,
que son ángulos chicos
para lo mucho que revelan.

Un ángulo no basta en tu costado,
y, sin embargo, ese ángulo es bastante
para asomarse al absoluto.

Porque, en las cosas del morir,
todo y lo poco son lo mismo:
lo esto y lo intangible,
la luz y la ceguera, la ignorancia y la ciencia
de lo que Dios al hombre es
y el hombre le es al hombre.

Cuando has visto el amor, ¿qué más da
lo que hay aún por ver
en las cosas visibles e invisibles?

Y yo he visto el amor en tu costado,
y he bebido de él
el cáliz de su rosa impronunciable.

ETIMOLOGÍA

Porque hay palabras que conducen a las fuentes
de lo incomunicable,
descendemos el eje de la etimología:
el verbo agonizar nos habla de una lucha.
Está el cosmos entero tensado de agonía.
Aguarda lo que es pero aún desconoce,
y, en ese sucesivo cuerpo a cuerpo,
de extremo a extremo gime lo creado.
Gimen los electrones en la lluvia,
gime el magma profundo,
gimen los gorriones, los brotes de la alfalfa,
las alas de las moscas y el crepúsculo en los charcos.
Todo –nos dijo un Padre de la Iglesia–
está rezando en el orbe
la tensa melodía de morir mientras nace
y nacer mientras muere.
Todo nos habla de un exceso:
lo desproporcionada que es la vida
con respecto a la muerte;
lo mucho que adelanta la belleza
a las cosas terribles;
la incomparable magnitud que, frente al daño,
prevalece en quien ama.

Lo que no vive no agoniza.
La muerte ya ha ocupado ese lugar
del combate perpetuo.

Es tu pasión un canto agradecido
cuyo fragor nos anticipa la victoria
de la resurrección.

AGNUS DEI

Cordero de Dios,
cordero agonizante que recibes
la violencia del mundo
igual que un pararrayos en la noche.
Sobre tu cuerpo se descarga una ira
tan antigua y tan nueva.
El último temblor de la tormenta que somos;
un eclipse de bien que nos convierte en eclipse.

Cordero derribado a puntapiés
de cada bota en cada campo de batalla.
Cordero que recibes el mordisco
de un lobo que está dentro de nosotros
y, siendo el lobo nuestro,
es siempre el mismo lobo.

Cordero que te dejas humillar
entre la lavadora y la cocina.
Cordero que haces cola
en la agencia de empleo,
que arrastras el carrito en el mercado,
silencio ante la burla de los dientes,
blanco al tacto, amoratada en puños.
Y una llamada a emergencias.
Cordero que desciende a los infiernos
donde los ojos aúllan,

donde los besos golpean,
donde la carcajada dicta llanto:

tú que habrás de volver
porque ya estás presente,
ten piedad de este lobo.

LACRIMOSA

Desde un lugar remoto y muy adentro
resuena el *Lacrimosa* de Mozart.
En el eco de voces tan distintas,
los astros quieren juntarse.
Se acercan como lumbre
que busca un centro ajeno
a sus indiferencias.
Un sonido de cientos de millones,
de cientos de billones y trillones
de estrellas y galaxias
que no se mueven y se mueven sin embargo.
Somos tan sólo un punto,
mucho menos que un punto, un nanopunto,
una insignificante nota oscura,
ni tan siquiera audible al microscopio
en esa sinfonía.

Por el mapa del aire incandescente
se abre paso el *Lacrimosa dies illa*
con una voz humana acompasada
por el plomo del órgano.
Viene de algún lugar de ese planeta nuestro,
un lugar completamente invisible
de esa maraña armoniosa.

Pero viene de ahí. Es una voz humana
y un teclado pulsado por los dedos del hombre.

Es un canto que se canta ante alguien
y atraviesa los siglos
porque ha sido compuesto para alguien.
Ese alguien –advierte el *Lacrimosa*– ha de volver
para juzgarnos a los vivos y a los muertos.
Sin embargo, ahora mismo, ese juez agoniza
sobre un leño desnudo:
eres tú el juicio y la sentencia
que condena y que absuelve al mismo tiempo:
No saben lo que hacen.
Perdónalos. Los amo
lo mismo que me amas.
Estamos en el centro de la trama,
el antes y el después, el instante infinito.

Para contar el argumento de la obra,
nacer, morir y amar ya no son suficientes:
nos falta el desenlace, y eres tú.
Porque todo está hecho a tu medida:
de ti, por ti, con ti todo este enjambre
de galácticos fuegos, sinfónicas materias
que al disonar de sí se buscan,
se hicieron por tu amor
y al amor tuyo vuelven,
a nada más que tú, que todo al fin lo juntas
entre el cielo y la tierra, entre hoy y el mañana.

DIES IRAE

Así han sido pagados los hijos de la ira.
Este es el día de la ira:
mirad con qué ternura
los hijos de la culpa reciben su castigo.
Mirad, miradlo muerto,
como los hombres mueren, como mueren los hombres.
Mirad cómo Dios muere
a manos de unos hijos
que azotan como hijos, como hijos que azotan.
Y dad por revelada su ternura
en la roca agrietada de su costado abierto
y en sus manos taladradas.
Mirad a un hombre destrozado
por la lengua de sierpe
y el veneno indigesto
que escupen los que envidian
sobre el pecho ofrecido
de un joven sin defensa.
Si es este el fin de los que aman
¿qué nos queda? ¿Qué somos?:
Lágrimas en la lluvia, que, apenas nacen, mueren.
Olvido en el olvido para un olvido eterno.
Consecuencia causada que no encuentra su causa.
Pues es difícil el amor,
y fácil astillar sobre un amor caído,
maltratado, humillado
por la arrogancia de los fuertes
que no lloran siquiera,
que no saben amar.

Y ahora todos evitan
mirarse, y esquivamos mirarnos.
Y hacemos que estuviéramos haciendo
mientras no hacemos nada.

¿A dónde las mujeres
que lloraban tras ti con mantos empapados
de un llanto muy antiguo?
¿Dónde están esas otras
que limpiaron tu rostro con su lienzo,
que apartaban espinas
con la danza en paloma de sus manos?
¿Dónde está el almendro
que floreció tan pronto
al blanco de tus dientes como anuncio
de un tiempo sin heladas?

Nos responden nuestras propias preguntas:

–Recuerda que eres lágrima
y que a las lágrimas retornas
sin testigos de ti,
sin acta notarial de tu existencia,
sin última extensión de voluntades.
Pero no olvides, hombre,
de quién eres la lágrima,
la lágrima de quién, que ha muerto ya por ti.
De alguien a alguien –no lo olvides–
se extiende tu camino.
Y eso es todo, pero lo es todo
nada más y nada menos:
ser lágrima de alguien,
pero no olvides qué alguien.

SUSTANCIA DE ALEGRÍA

Es 24 de diciembre
mientras se escribe este poema.
¿Cómo puede engendrarse en el adviento
un canto de agonía?
Me pregunto si acaso no son el mismo acto,
pues todo aquel que nace ha de morir
si quiere haber nacido.

Nacer es este rumbo
cuyo final a nadie se le oculta.
Y, a pesar del dolor, defendemos
lo que al nacer nos finaliza.
Dando las gracias defendemos
lo que nos diste al principio.

Por eso yo no tengo otro *hosanna*,
yo no tengo *in excelsis*
distinto de tu hosanna y de tu cielo,
de aquello que me diste.
Estos versos son surcos
en los que me sumerjo como germen
para ser trigo en tu espiga,
pan de ti ya amasado
para los labios del hambre.
Es eso lo que quise, y a lo que tú me llamaste.

Porque el fondo del dolor
–supuesto que el dolor tuviese fondo–
no es perder nuestra vida:
el fondo del dolor es vivir a sabiendas.

Y eso –dejad que me sincere–
no es dolor; es tan sólo un encuentro.
La más honda verdad es este encuentro.

Quien lo probó pertenece
a una estirpe que puebla ya la tierra
ajena a lo que porta en su esperanza,
ajena, en su ebriedad, a lo que excede,
a ese exceso que, estando entre las cosas,
no es las cosas,
pues viene de lo alto
y, en su luz, ya las cosas
acaso no son cosas.

No hay nada más futuro que la antigua
belleza del más bello de los hombres,
que aguarda en el encuentro,
y, de Oriente a Occidente, del Austro al Polo Norte,
signa la rosa de los vientos con su carne,
sustancia de alegría.

AL PARAISO EN TUS OJOS

Es absurdo que intente,
que intente un equilibrio comprendiendo
lo que sólo en su acto se conoce:
los días de mi infancia
en vuelo por tus ojos,
lo mismo que los pájaros pequeños
por un cielo muy limpio.

Lo grave, al recordarlo,
es que el recuerdo no basta,
y no quiero otra cosa sino aquella
donde estuve de vuelo
y en vuelo me olvidé
de intentar conocerme.

Yo era un niño asustado
cuando los vi por vez primera.
Me refiero a tus ojos de agonía,
tan dulces, sin embargo,
y a los que me hice pertenencia
de ti que de ti mismo te vaciabas
para mirar despertando
la compasión que me sustenta.

Y es que hay cosas que nunca
cabrán en métrica o memoria.

Pero pujan, en cambio,
para ser vivas nuevamente
aunque no puedan ser lo mismo.
Caemos en la cuenta y, al instante,
brotan las lágrimas: absurdas
pero ciertas y simples; recurrentes
como las cosas del arte.
Patrimonio que iguala los ojos de Odiseo,
la Piedad de van der Weyden
y el llanto de los niños.

Quien una vez se ha llorado en tus ojos,
sólo quiere volver
a ese niño que vive más adentro
de nuestro adentro llorado.
Pues ya nos dijo Rilke
que aguarda el paraíso en nuestra infancia.
Mi infancia son tus ojos,
los ojos que miré desconociendo
lo que duele crecer,
lo que el futuro dolería y qué difícil
mirar con compasión cuando agonece.

EPÍLOGO

Y aquí estamos.
Ante la cruz, ¿quién puede ser poeta?
¿Qué es un poeta ante la cruz?
¿Se puede ser poeta ante un cadalso?
¿Resisten las palabras? ¿Significan?
¿Tienen aliento en una cámara de gas?
¿No sienten miedo ante las ratas de una cárcel?
Las concertinas, ¿no les sajan la lengua?
¿Ni los bates de béisbol en las manos del superhombre?
¿Puede remar un verso en un cayuco?
Entre los rotos cristales, las zapatillas raging bull
invadiendo escaleras a la caza del negro,
o la placenta herida,
¿puede decirse algo?

No puede haber elogio ante el dolor.
Pero apartar los ojos de él
nos hace cómplices de un daño

ajeno a paliativos,
el que duele en las cosas invisibles.

Si has llegado a estos versos penúltimos,
alguien en ti que no eres tú
ni tampoco soy yo
se abre paso y nos pide
dejarnos de una vez de sermones tramposos.
Pregúntate mejor si ante el tormento
es posible callarse.
Porque sabes muy bien
que sólo los verdugos están mudos,
que sólo las estatuas están ciegas.
El poeta de saldo
infla su velas con suspiros dorados.

Ante el rostro que sufre
hay que ponerse de rodillas
y extremar la garganta.

Quien ante el horno crematorio
no se quema los dedos con la tinta,
no beberá del cáliz del poema,
del agua con la sangre vivamente brotando
del costado de Dios,
ni darla de beber a boca hermana.

Quien ni siquiera se conmueve
de la impotencia suya y dice
lo que ve, lo que escucha,
para que, al menos, el olvido
no se trague el lamento,
jamás verá la luz ni se verá a sí mismo.

Poeta ante la cruz es quien acepta
tan sólo lo que es: un hombre nada más,
pero no menos que un hombre.



Grabado de Sebald Beham (1522)

ADÓNDE VAS A IR

Adónde vas a ir
cuando te hayan echado sin piedad de tus templos,
cuando dejes de ser el que hacía milagros,
cuando nadie se acuerde de que tú reverdeces los
melocotoneros,
aplacas tempestades, asumes el dolor
ajeno como propio.

Adónde vas a ir
cuando nadie requiera tus servicios
y acabes ignorado, de un sitio para otro,
pendiente de las sobras que caen de la mesa
y del calor de hogar de un buen samaritano.

Y, sobre todo, adónde,
adónde voy a ir si aprendí a amar la cruz,
el sentido del día,
el olor de la tierra en la siega, el murmullo
del viento, y todo lo que soy
de ti, el heredero, el que, si me faltaras,
seguirías mostrándome que el amor tiene un rostro
y que he de ocupar tu lugar
y he de darme, como fragante aroma,
también a mi enemigo.

Carmelo Guillén Acosta

PAGANO QUE CREE EN CRISTO

No contento a unos, los otros
Me desprecian.
¿Quién eres
Tú,
que así me interpelas?

Ya comienzan los hombres
A olvidarte.
¡Y a Ti
No se te ocurre más
Que importunarme!

Déjame
Vivir en la ciudad
Poblada de espejismos:
Que la nada me sea
Propicia…

Pero cuando
En silencio abro el ojo
Hacia dentro,
ahí
Estás tú,
con mi Rostro.

Ander Mayora

LUNA EN EL GETSEMANÍ

Hay una hora, dicen, que muy pocos han visto
como no sean los muertos.
Hay una hora, dicen, en que el sol no ha salido, y se ocultó la luna,
y no brillan estrellas.
Te sorprende esa hora en cualquier calle, monte o huerto.
O hasta en tu propia casa.
No es de día ni es de noche,
ni a la vigilia le sucede el sueño.
Las hojas en la rama
no nacen ni se secan ni se caen.
Está parado el mundo.
Empapado, lavado
por una angustia blanca en un río que no corre.
Quien ha visto esa hora ya no vuelve.
No canta ningún gallo.
No cuchichean los grillos.
Ni un mirlo tempranero silba a nadie.

Cuando llega esa hora
en que la seca muerte dice: "Yo",
mientras pisa la yerba fragante del Edén,
mejor no haber nacido.

Tú, que sudaste sangre en aquel huerto,
envíame, envíame a aquel ángel
con su paño de angustia,

el ángel que Dios hizo
para aquellos que están en esa hora.

José Julio Cabanillas

VERÓNICA

Bendito sea el camino por donde van los pájaros tan sólo.
El que no pisan hombres, estos que ahora empujan
a otro que camina a tientas, casi ciego.
Hombres de pedernal donde se afila el daño.
Mientras sube la calle, le rodean
los ojos lúbricos de desnudez robada,
las manos que acarician las monedas, cuentan los días, tasan
las horas a tanto y tanto,
o disparan o tiran de una soga
en donde todos vamos, culpables o inocentes,
y sin perdón ninguno.
Que vértigo sus caras
con un rictus de muertos satisfechos
de su propia inmundicia.

Bendito sea el camino por donde van los pájaros tan sólo,
los que traen en su buche todo el polvo del mundo
y llevan hilos, cáñamos, ramajes
para anidar la vida a donde nadie alcanza.
Traen en sus picos lienzos
con que me acerco ahora
para secar la cara de este hombre caído.

Bendito sea el camino por donde van los pájaros,
porque al final conduce al lucerito limpio,
al paño blanco con que lavo sus ojos
con un agua de lágrimas y rosas machacadas.
Y qué olor lleva el aire...

Bendito sea el camino...,
y un pájaro si canta y un hombre cuando llora.

José Julio Cabanillas

PERFECTO HOMBRE

Jesucristo asumió nuestra naturaleza
entera, hasta el extremo:
murió,
antes pasó hambre, sed, perdió un amigo,
otro le traicionó dándole un beso,
lloró, sintió cansancio, miedo, melancolía…
Una vez escribió, y lo hizo como todos,
sobre la arena.

Enrique García-Máiquez

POR EXCELENCIA

Cambia mucho las cosas
que el muerto principal
en la vida de uno,
el muerto más palpable,
el por antonomasia,
el cotidiano, el muerto
que de mi pecho cuelga
sea un Resucitado.

Enrique García-Máiquez

(Mateo 14:22-33)

Pues todo río es siempre el mismo río,
aunque cambie el color o el volumen de sus aguas,
y fluye hacia la mar que es el morir,
Heráclito y Parménides llevaban
ambos y por igual razón bastante.
Entre Escila y Caribdis vive el hombre,
que alguien llamó, llamándose a sí mismo, el náufrago metódico.

Pero en la mar, en el lago o en el río
hay una mano que se tiende al náufrago,
una voz que le grita ¿por qué dudas?
Y es la duda y el miedo,
apenas siente la terrible fuerza
de los vientos que azotan en su cuerpo,
lo que termina por hundir al náufrago
en las oscuras aguas de la muerte.

Y cuentan que a ese náufrago metódico
la misma mano lo agarró y le dijo:
hombre de poca fe, ¿por qué has dudado?
Y al subir a la barca cesó el viento.

Enrique Baltanás

Alguien hay que traspasa con su luz las tinieblas.
Que dice que la vida no es absurda.
Que deja blancas migas de su pan,
más seguro cordel que el de Teseo.
Que es capaz de explicar el sufrimiento,
y Él mismo lo sufrió hasta el extremo,
y se muestra Camino, Verdad, Vida.
Que es el Maestro y la lección, Él mismo.
Entre estas calles un misterio vive,
sé que me aguarda tras cualquier esquina,
en un templo, una casa, una sierra o un llano...
o quién sabe si en una discoteca
una noche de farra.

Aún espero encontrarlo y encontrarme.
Quizá no me rechace. Y tal vez
me diga como a Lázaro: levántate...

Enrique Baltanás

EL CRISTO DE CELORIO

Para Francisco Crosas

"Esta vez voy a verlo".
                    Eso me digo
siempre que dejo atrás la carretera
de Borizu (Km 14),
camino de esa roca que dibuja
el rostro del Señor.
                    Viene indicada
–"Agreste y singular paraje…"–
en guías y folletos, y acuden los domingos
turistas despistados, mochileros,
aldeanos que resoplan vara en mano
en peregrinación.
                    Con qué torpeza,
como gaviotas entre el fango, buscan
el punto exacto, al borde del abismo,
desde el que se distingue esa figura
tallada por el mar y el tiempo
sobre el acantilado.
                    Al cabo,
son pocos los que logran verlo, y menos
quienes leen en esa adusta imagen
esta tristeza antigua de ser hombre.

Gabriel Insausti

NOCHEBUENA

(Canción del pastor)

Sólo recuerdo un astro sobre el cerro,
los ojos de la madre y aquel palmo
de carne estremecida, como un fruto
temblando en una rama.
                                        ¿Hubo una voz terrible
que proclamara allí el prodigio?
Los sabios extranjeros, ¿entrevieron
un porvenir escrito en la ceniza,
a la luz de la hoguera?
                                    Sé que un día
decenas, cientos, miles
se postrarán ante su gloria,
bendecirán su nombre, alzarán templos,
darán con esta casa.
                                  Ante la puerta,
querrán que les refiera mi relato:
la fecha exacta, el sitio, los testigos...
Nunca comprenderán –¿cómo podrían?–
que un niño sea un dios, que un hombre
contemplase el misterio cara a cara
y siguiese viviendo, simplemente.

Gabriel Insausti

CÓMO NO

¿Cómo no voy a creer en ti, Jesús,
si tú fuiste el primero
que besaste al leproso,
que diste al niño un ángel,
que lloró por la viuda,
que alumbró el corazón de las rameras?
¿Cómo no voy a estar de Ti prendado
si tu primer milagro
fue idea de tu madre en una boda,
si nunca usaste tu poder para ti,
si a cien hombres armados de pedruscos
los detuviste tan solo con tu porte
y alzaste a la mujer postrada en tierra?
¿Y cómo no seguirte en los caminos
si rompen los tejados para verte,
si te besan los pies las pecadoras
si al verte huyen como ratas los diablos,
si estremeces el agua en Siloé?
¿Y cómo iba yo a sustituirte
por el Reiki y el yoga y los horóscopos
y el Tao y el Tantra y las psicofonías
si no hicieron los astros para mí,
ni miran con amor desde una cruz,
ni tienen pecho donde recostarme
ni han nacido del seno de una Virgen
ni una estrella anunció su nacimiento
y no me curan de mis obsesiones
con que toque tan solo
la orla de su manto?

Jesús Cotta

AUNQUE ES DE NOCHE

Cuando me niegas lo que pido a gritos,
lo que sabes que siempre he deseado,
me entregas abundante e inesperado
regalos que no sé que necesito.

Me asombras como el mar; y lo bonito
es que no sé quién eres. Te he buscado
donde dicen que estás y no he encontrado
más que esta sed rabiosa de infinito.

Tan solo te he encontrado aquí en lo oscuro
combatiendo con ángeles mis miedos
cuando tengo que entrar en la maleza.

No puedo verte. Pero estoy seguro
de Ti, aunque es de noche, porque puedo
reclinar en tu pecho la cabeza.

Jesús Cotta

EL OLIVO

Me fijo en un olivo derribado
rodeado de zarzales protegiéndole.

Esta madera yace como un cuerpo
apagado al trasluz de unos ramajes,
inerte en un sustrato de hojas secas.
Y me pregunto cómo, aprovechando
los surcos y sus retorcidas vetas,
quitando solo la degradación
que el tiempo en su quehacer materializa,
de esa madera ahora apaciguada
tallar miles de cruces, o millones,
tal vez esa madera es infinita,
tallar hasta que el mismo agotamiento
sea herramienta necesaria y útil,
cruces grandes, pequeñas, todas únicas.
Y así, cuando cada uno una tuviéramos
decir que todas vienen de un olivo
que un rayo o la intemperie derrotó.

¿Por qué una cruz y no otro símbolo?
Porque en la cruz vive el resucitado,
tan vivo en mí, madera antes tan muerta.

José Antonio Fernández Sánchez

POEMA DE NAVIDAD

–Allí… Hija… Mira… Fíjate…
–Qué sola va, papá…
–Qué va, tú espérate y verás.

Y así, mientras la estrella cruzaba sola el cielo
los niños la seguían, los padres señalaban.

José Antonio Fernández Sánchez

ORACIÓN A CRISTO EN LA CRUZ

A Juan Sierra, in memoriam

Una vez más, Señor, de cuerpo entero,
el mismo pecador de tantas veces,
aquel en soledad por quien ofreces
tanto dolor clavado en el madero.

He aquí, Señor, un hombre en sombra, huero,
cauce de sed sin rumbo, agua y peces,
un hombre, oscuro y seco, que humedeces
con las aguas de luz de tu venero.

He aquí, Señor, una vez más mi vida
delante de estos ojos, de esta herida
que me inundan el pecho de ideales,

que de la fuente azul de tu costado,
Cristo, Señor, Amor crucificado,
descienden luminosos manantiales.

Víctor Jiménez

TÚ LO SABES, SEÑOR

(Convento del Socorro. Ante el Crucificado
de autor anónimo del siglo XVI)

Como la leña seca en viva hoguera,
como la noche oscura en claro día,
como el dolor del parto en alegría,
como el invierno en nueva primavera,

¿qué mano humilde, anónima y certera,
con pulso firme y sabia maestría,
fue así esculpiendo lenta tu agonía
y convirtiendo en carne la madera?

Dime, dinos, Señor, ¿de quién la mano
con alma que, hace siglos, te hizo humano?
¿Quién del tronco de un árbol hizo el Hombre,

con tanta devoción y tanto amor,
que fue y será por siempre el Salvador?
Tan sólo Tú, Señor, sabes su nombre.

Víctor Jimémez

LUX MUNDI

Mira brillar las luces de diciembre:
las brasas donde arden los frutos del otoño
con su larga bufanda de humo y carbonilla,
los retablos de neón de los comercios
y el mosaico oriental de los copos de nieve
que caen de los cielos encendidos.

Venimos de la sombra y hacia las sombras vamos
con un poco de luz.
Y aunque la antorcha roja del abeto de invierno
apenas ilumine las tinieblas
de esta gruta de oro y de dolor
seguimos el camino de la noche del alma.

Avanzamos a tientas por la bruma
agitando la tea de la angustia y el júbilo,
–EX ORIENTE LUX–
pero de nada sirve la pálida peluca,
el gastado amarillo de las enciclopedias
salpicadas de sangre y de razón.
El sol muere también guillotinado
en la espesa maleza del jardín
y un hachazo de luna corta el seto de boj.

Bajo el muérdago rojo del druida
aún seguimos buscando la llave del zaguán,
el carbón de la llama que hace tibia la leche
y la escarcha profunda que quema el corazón,
pero nada ni nadie responde a la llamada
del perro solitario que aúlla en la espesura.

Así brillan las luces de diciembre,
esas hondas bujías que laten bajo el vidrio
esos astros eléctricos y su poco de luz
que son el candelabro de la muerte.

Pero no tengáis miedo si algo irrumpe en la noche
y golpea tres veces la aldaba de la puerta
en la penumbra alta del cardo y de la ortiga,
saturada de sangre y de hojas de acebo.

Esta será la señal convenida
si una estrella de carne naciera del abismo.

José María Jurado

ESTÁ SUCEDIENDO AHORA

Es Dios que baja en la aurora
del pan consagrado. ¡Es Él,
el Mesías de Israel!
¡Y está sucediendo ahora!

¡Ahora, sí, en el lugar
donde esas manos al vuelo
acaban de convocar
al Señor de tierra y cielo
sobre el lino del altar!
Esa blancura que aflora
cariñosa y bienhechora
como una luna que sube
es Dios en carne de nube,
es Dios que baja en la aurora,

en la aurora cereal
de la santa eucaristía,
la siembra espiritual
que cosecha cada día
al Cordero celestial,
al Señor, al Emmanuel
que se deja aquí la piel
para decirme que crea
que lo que vive en la oblea
del pan consagrado es Él:

el que ayunó en los desiertos,
el que dejó los olivos
sangrando en todos los huertos,

el que fue pan de los vivos
y salvación de los muertos;
al que dio nombre Gabriel,
el que anduvo hacia Emaús
mientras su boca de miel
nos echaba a arder: Jesús,
el Mesías de Israel.

¡El Señor transfigurado
y poniendo en el olvido
mi tibieza y mi pecado!
¿Y no caigo deslumbrado?
¿Y no me postro rendido?
¡Con lo bien que me enamora!
¡Qué pan tan roto y fecundo!
¿Qué año? ¿Qué día? ¿Qué hora?
Dios está viniendo al mundo...
¡y está sucediendo ahora!

Dios se quitó la ropa para probarse al hombre,
a ver qué se sentía:
cómo era el hambre, a qué sabía el barro,
qué era la sed, la oscuridad, el día,
qué cosa era nacer, qué era morirse.
Te pusiste esta carne que era mía.
Porque tú no creaste
el cosmos y la vida
para verlos de lejos;
hiciste la creación para vestírtela,
Señor, para ser hombre para siempre.
Y ver cuánto dolía,
y hablarle a Dios de lejos,
sentir que no te oía,

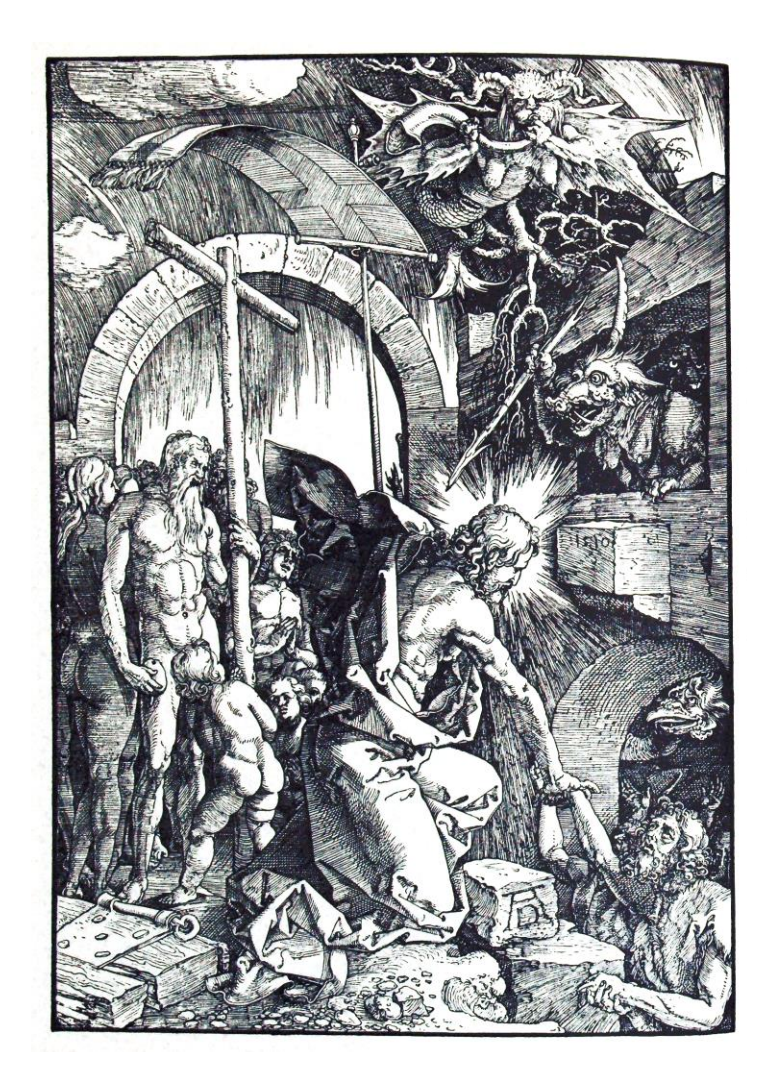
que te podía el miedo,
te ahogaba la saliva.
Supiste qué eran lágrimas
y qué eran las espinas,
y no te conocías a ti mismo,
y preguntabas a tu voz más íntima
por qué nos lo pusiste tan difícil,
por qué tu voluntad y no la mía.
Ahora Dios ya sabe qué es ser hombre;
es una cicatriz que no se quita.

Daniel Cotta

MATAR A UN RUISEÑOR

Fue tan solo mirar,
no decir nada,
solo, serenamente,
limpiarse el salivazo de la cara
con el rostro bien alto a los ojos de un hijo,
lo que vino a enseñarnos un concepto
sagrado
llamado dignidad.
No se lava una herida con más sangre.
El niño vio guardar aquel pañuelo
como quien guarda un arma sin usar.
Pasaron muchos años.
El salivazo seco en el pañuelo,
el cerco del desprecio,
había dibujado la silueta de un hombre.
Coronado de espinas, era el rostro
del hijo de aquel pobre carpintero.

Lutgardo García



Grabado de Alberto Durero (1496)

DE LA FE EN CRISTO

Felix Trull

El humano es un ser hecho por la fe y para la fe.

*

En la fe, tus tobillos crían alas y pierde peso tu cuerpo,
que se eleva por encima del tiempo y el espacio materiales
a la búsqueda de la Verdad ingrávida.

*

En la fe pierdes la corteza. Ya eres todo miga.

*

En la fe te desprendes de las opacas adherencias que te hermanan
con el reptil y recobras la esencia radiante que libre te dio a luz.

*

En la fe se subvierten las prioridades errantes y se reinstaura
la existencia conciliada: todo es cierto en ella, vive en ella,
emerge de ella y vuelve a ella.

*

En la fe se reubican los valores: no más ansiedad, no más codicia,
ni vanidad, ni envidias. Emerges del lodo de la inquietud material
y levitas por encima de tus supuestas necesidades perentorias.

En la fe lo cercano desprende un aura de lejanía absoluta,
y lo lejano palpita en la palma de la mano como un gorrión
que acaba de salir del huevo.

*

En la fe uno se siente como en una atalaya; no le da la espalda
a la vida, sino que la contempla como lo que es: una posibilidad
ilimitada de goces interiores, nobles y buenos,
siempre que se disfruten con el corazón puro
y la inocencia del primer día.

*

En la fe se libera de nuevo la armonía primordial,
los vapores edénicos, los perfumes de la Creación.

*

Para quien vive en la fe, siempre son las 7 de la mañana.

*

Es la fe un estado casi sobrehumano, una superación de todo aquello
que tira de nosotros hacia el cieno y el estiércol.

*

La fe es la alegría que experimentarían todas las cosas del mundo,
si pudieran llegar a comprender la suerte que tienen
por el mero hecho de pertenecer a él.

La fe es cualquier cosa menos dogmática. Eso sí, para quien vive
en ella, resulta por completo irrefutable.

*

La fe es la gratitud cuando se olvida de lo recibido para centrarse
en el hecho de recibir.

*

La fe es el amor en estado de plétora; una insania lúcida;
una liberación sumisa; una forma de despegar sin moverse del sitio.

*

La fe es el Paraíso en la tierra, antes de que supiéramos
que eran el Paraíso y la tierra.

*

La fe en uno mismo es la degradación absoluta de la fe.
Sólo se tiene fe en otro, por otro y para otro. Para Lo Otro de sí.
Por eso sólo se puede tener fe en Dios, lo totalmente Otro.

*

Quien vive en la fe, ha encontrado a Dios sin buscarlo.

*

La fe es una gracia que se vierte como agua
solo sobre quien antes se ha vaciado como cuenco.

Antes de la venida de Cristo, la fe flotaba en una espera sin objeto, puro deseo no saciado; tras la marcha de Cristo, bucea en un piélago del que sabe que pronto va a partir.

*

En Cristo, Dios se hizo hombre para recordarnos que nos creó a Su imagen y semejanza (y no al revés).

*

Cristo: el Hombre perfecto que nos hace saber que si nos sentimos imperfectos es porque nuestra perfección no es de este mundo.

*

Cristo vino a revelarnos que no se puede llamar en absoluto vida a esta muerte, ni muerto por completo a quien va a resucitar..

ORACIONES
Dora Rivas

Señor, no puedo dejar de invocarte en mi ceguera. Vacilo, y sin embargo no puedo dejar de pronunciar tu nombre. Tal vez la fuerza de esa voz interior que clama sea la única prueba que me quede de tu presencia en mí.

*

Quiero encontrarte a ti, Señor, porque sé que en ti lo encontraré todo.

*

Sé que el día que me lance al abismo de tu Amor, te revelarás por fin, Señor mío.

*

Si ya me has respondido, ayúdame a entender tu respuesta; y si no, dame paciencia para seguir esperándola.

*

Ya no quiero entenderte, Dios mío, quiero seguirte.

*

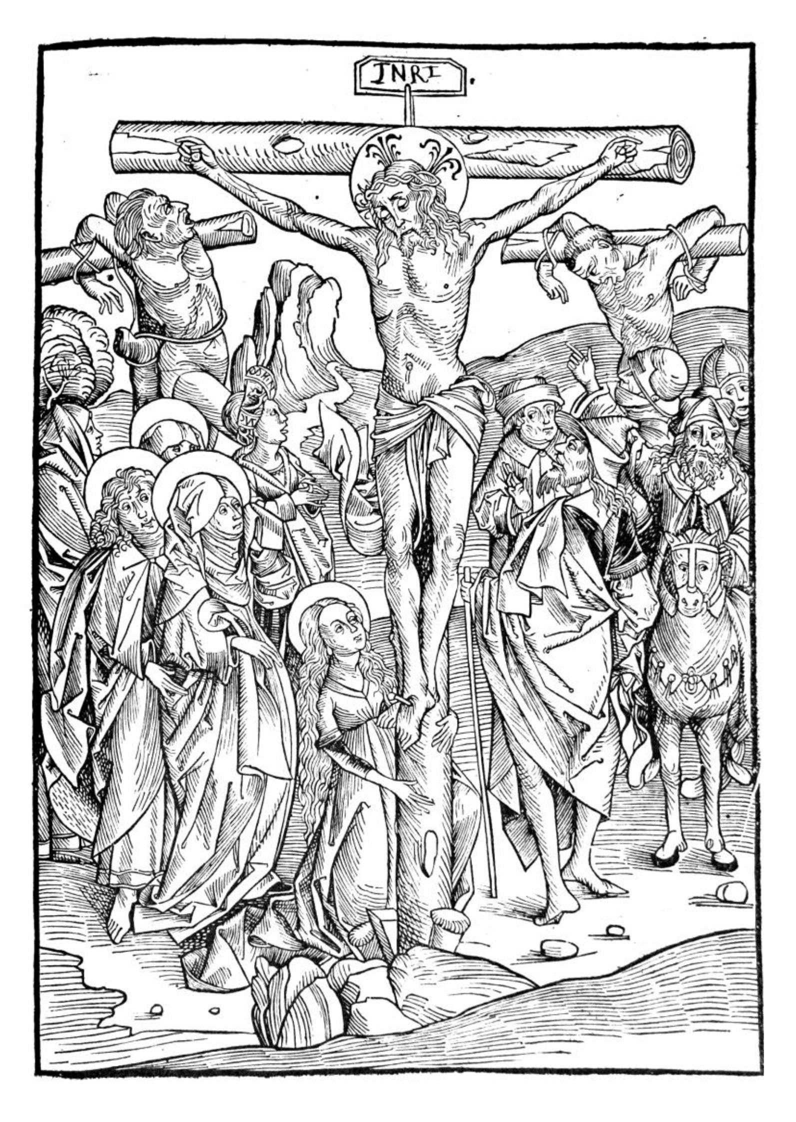
¡Concédemelo todo, Jesús, aunque no merezco nada!

*

Señor, que los demás sean como Tú quieres, y no como quiero yo.

*

¡Vénceme, Jesús! Quiero que ganes Tú.



Grabado de Michael Wolgemut (1491)

JOSÉ MATEOS

Las siete palabras de Cristo en la Cruz

Siete comentarios para ser recitados durante la interpretación de *Las siete últimas palabras de Nuestro Salvador en la cruz,* de Franz Joseph Haydn, concierto ofrecido en el Oratorio de la Santa Cueva en Cádiz, el 2 de diciembre de 2018. Fue publicado por Libros Canto y Cuento.

PRIMERA PALABRA
(pater! dimitte illis, non enim sciunt quid faciunt)

Al final de su vida, este hombre que casi no ha hecho otra cosa que caminar, caminar por la tierra sedienta de Galilea curando con la palabra, ha sido clavado en una cruz de madera. Cuelga ensangrentado y maltrecho, como un pingajo de carne en el alboroto del mercado.

Sabemos que no es ningún farsante, ningún charlatán en busca de clientela, porque ahí, en el pozo de su dolor, cuando todos solemos traicionarnos y traicionar nuestras palabras, él hace de sus palabras… vida.

Perdonad a vuestros enemigos, decía a veces mientras caminaba de Caná a Cafarnaún, de Nain a Betania, de Betania a Jerusalén. Y es lo que él hace ahora, en esta cruz, cumplir con su palabra. En esta cruz, bajo el cielo expectante, aún le quema en los costados la blasfemia del látigo. Aún sangra en su frente la corona lacerante. Aún los salivazos de los que hace sólo unos días lo adulaban y vitoreaban le resbalan por la cara. Aún le duele el silencio de los tibios. Pero él no responde. No exige venganza. Él consiente y perdona. Y nos da una motivo para ese perdón: porque cuando los hombres hacemos el mal, siempre, siempre lo hacemos por ignorancia; sin saber, en realidad, las infinitas consecuencias de lo que hacemos.

Dice: *Padre, perdónalos, porque no saben lo que hacen.*

SEGUNDA PALABRA

(Amen dico tibi: hodie mecum eris in paradiso)

En la cima de este pedregal que llamamos Monte Calavera, sobre la tierra ardiente y sin sombras, como en un tabernáculo para el sacrificio, han levantado otras dos cruces. Y en ellas, dos ladrones, dos salteadores de camino, dos seres de desgracia. Uno de ellos, alza apenas el rostro enfebrecido y se dirige al que han nombrado, entre insultos y risotadas, "Rey de los Judíos". *Acuérdate de mí cuando entres en el paraíso*, exclama. Y, de pronto, se ha establecido un diálogo de cruz a cruz, de dolor a dolor. *Serás el primero entre los primero*s, le dice el que apodan "Rey de los Judíos" que lo es también de los esclavos, de los mancillados, de los simples. Tan solo por esa breve gota de rocío en el páramo de la angustia. Tan solo por su necesidad de otra voz y otro rostro. Tan solo por esa chispa de amor que ha saltado del pedernal en el último minuto.

Al otro lado, una cruz sin paraíso, una cruz sin esperanza, escucha esta promesa.

Dice: *Yo te aseguro que hoy estarás conmigo en el paraíso.*

TERCERA PALABRA
(Mulier, ecce filius tuus, et tu, ecce mater tua!)

Hasta el pie de la cruz sólo han subido unos pocos familiares. Entre ellos, su madre y su amigo, que ven cómo agoniza el hombre al que aman. Nada puede ser peor para una madre que ver morir a un hijo. Pocas escenas más terribles para un muchacho que ver morir a su amigo. No hay palabras para un dolor así. No hay palabras en ningún idioma cuando se nos arranca aquello que es más vida nuestra que nuestra propia vida: un hijo, un amigo. O quizás, sólo unas palabras que fuesen más que palabras.

El crucificado los mira ahí abajo, suplicantes, abatidos. Y parece haberse dado cuenta, al mirarlos, de que al dolor verdadero no se le puede poner remedio. Sólo lo podemos acompañar. Por eso, a su madre le hace cargo de su joven amigo y a su joven amigo le confía su madre. Porque desde este momento un lazo más fuerte que el de la sangre los atará: el de haber asistido a la pérdida de lo que más quieren. Y el de saber que la fragilidad es el único hilo irrompible que nos hermana a todos.

Le dice: *Mujer, ahí tienes a tu hijo.* Y al amigo: *ahí tienes a tu madre.*

CUARTA PALABRA
(Eli! Eli! lamma sabacthani?)

Hay momentos en que todo brilla. Y momentos en que la vida se congela. La existencia nos parece entonces como un pellejo hinchado de aire solamente, sin nada dentro.

Él sigue clavado en esos palos de madera áspera, sin desbastar. Un chorreón de sangre morada resbala por su rostro. El corazón le golpea en la frente y desde el estómago le sube hasta la boca el sabor de la ceniza, del cieno, el sabor a la sangre del último estertor. Pasa ahora por ese momento crucial en el que cualquier deseo y cualquier esperanza se disipan. Siente ese abismo de soledad con el que todo hombre se encuentra al traspasar el dintel de la muerte. Y deja en el aire, con unas pocas palabras, la experiencia del que vive sólo por haber nacido, abandonado, decepcionado, sin aventura por delante, sin finalidad. ¿Será la vida sólo esto: festín para gusanos, fruta del pudridero? Es la experiencia de la Nada, ésa que tratamos de no ver culebreando bajo nuestras ocupaciones y entretenimientos. Es el tiempo de la angustia, que es un tiempo sin escapatoria, porque la angustia es la vida sin fondo y sin escapatoria.

Él parece mirar por última vez el mundo, ahora como empañado y desenfocado a través su dolor.

Huyen los vencejos presintiendo que llega una noche en pleno día. Los árboles se avergüenzan de sus hojas verdes. Se esconde a lo lejos la cinta de un río. Hasta que el cielo se resquebraja y un trueno ensordece el horizonte.

En la cima de su desesperación, abandonado de Dios, sin un Dios donde poner los ojos, el crucificado entonces ofrece su abandono a quien lo abandona.

Dice: *¡Dios mío, Dios mío!, ¿por qué me has abandonado?*

QUINTA PALABRA
(Sitio!)

“La sed del cuerpo, con ser grande –dijo Catalina de Siena– es limitada. Pero la sed espiritual es infinita”. La sed, que es símbolo de la necesidad más esencial, más honda del ser humano, es lo que nos echa a andar por los caminos de la vida. Somos, sobre todo y antes que nada, sed. Sed de algo que siempre nos falta, de un horizonte que siempre se aleja, de una felicidad que siempre nos huye. Sed que, a veces, nos inflama y nos hace entonar, embriagados de sed, un no sé qué que queda balbuciendo.

En lo alto de este monte, los perros olfatean a la espera de algunas piltrafas y un sol histérico sigue requemando los rostros de los tres ajusticiados. Restalla un trozo de tela contra la carne herida. Y éste que yace entre los dos ladrones sueña con un poco de agua que ponga frescura en sus labios resecos, azotados por el polvo. Está a punto de musitar una queja. Y se calla. Pronuncia, en cambio, unas palabras que le nacen del fondo de su humanidad vulnerable, apenas dos palabras que conseguirán traspasar el espesor del tiempo y el espacio para llegar hasta siglos remotos, hasta este día nuestro, como el grito desgarrador de todos los que sufren.

Nada más dice: *Tengo sed.*

SEXTA PALABRA
(Consummatum est!)

Vivir quizás no sea otra cosa que cumplir cada uno con su destino, con la vocación a que somos llamados. Cada cual en lo suyo: el gobernante administrando y ordenando con prudencia los asuntos humanos, el agricultor acariciando y velando por los dones de la tierra, el mercader comerciando honestamente y el poeta mejorando el mundo con la belleza. Y todos sin atender a los delirios del grande ni a las vanidades del mundo. Porque la vida quizás no es otra cosa que una santa obediencia.

Éste que, de tanto caminar, dicen que supo hacerlo también por la superficie de las aguas, tuvo un destino grabado a fuego desde el origen, desde antes de que el gran reloj del universo se pusiera a correr: nacería entre bestias, sería tentado en el desierto, sembraría bienaventuranzas por los caminos y terminaría siendo traicionado y clavado en esta cruz.

Y ser traicionado por sus amigos y ser condenado a muerte cuando se es inocente supone soportar el peso de todas las culpas y de todos los errores humanos.

Así que él ha llevado a cabo su misión hasta el exceso. Ha apurado el cáliz del dolor hasta el fondo, hasta la última gota. Y, sin embargo, este dolor suyo se abre ahora como un árbol gigante entre las grietas de la tierra. Y, miradlo, florece, florece.

Dice: *Todo está cumplido.*

SÉPTIMA PALABRA
(Pater! in manus tuas commendo spiritum meum)

Mientras el viento azota su cabello y un enjambre de moscas zumba con avaricia alrededor de sus heridas, ha recordado el olor a barniz del taller de su padre, ha recordado aquella canción que arrulló su infancia, un cestillo de mimbre con dos o tres manzanas en la casa del amigo, la luna suculenta del desierto, un rostro de mujer en lo hondo de un patio, la sonrisa de unos niños, las velas de los barcos, las palmeras... Y después de llorar por tanta belleza perdida, ha entregado su alma. Y la ha ofrecido a un Misterio que es un Misterio de amor, de ese amor que fue el origen del mundo, un amor que nos ha sacado de la Nada y que, por tanto, puede más que la Nada.

A lo largo de la Historia, quizás nunca hubo ni habrá un hombre más muerto que este hombre sobre la cruz. Y, sin embargo, qué muerto más vivo. Porque el que muere por amor no muere nunca. De esta muerte tan viva, tan amañada a veces, van a salir las catedrales góticas, *La Divina Comedia*, los frescos de Giotto, la música de Bach, San Francisco de Asís, el *Cántico espiritual*, el cine de Dreyer, Dostoviesky y Simone Weil, el beso al leproso de una monja de Calcuta o aquella voz acallada que entonaba su alegría en los barracones del exterminio. Y también esta música –dolida y conmovedora– de Franz Joseph Haydn…

Fueron sus últimas palabras. Dijo: *Padre, en tus manos encomiendo mi espíritu.*



Este libro se concibió, armó y compuso
en Sevilla en el mes de noviembre de 2021,
bajo un cielo cambiante y con voluntad firme.
Partió hacia Polonia en busca de su cuerpo
y ha llegado a ti, lector, para que lo goces
cuando, manso, repose entre tus manos.